

La huella del fuego



© Luis Otero Durán, 2006
Correo electrónico: lotero@uach.cl
© Pehuén Editores, 2006
María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 225 62 64 / (56-2) 204 93 99
Correo electrónico: editorial@pehuen.cl
www.pehuen.cl

Inscripción N° 156.706
ISBN 956-16-0409-4

Primera edición, agosto de 2006

Foto portada

Panguipulli, 1929, Rodolfo Knittel, Colección Museo Histórico y Antropológico Mauricio van de Maele, Valdivia.

Grabado portada

Nacientes del río Futa, 1860, Rodolfo Philippi. Vistas de Chile. Editorial Universitaria, 1973.

Foto contraportada

Sector de Quepe, al sur de Temuco, cerca del 1900, atribuida a Gustave Verniory. Colección Museo Histórico y Antropológico Mauricio van de Maele, Valdivia.

Los derechos de uso de las fotografías son de exclusiva responsabilidad del autor.

Diseño y diagramación

María José Garrido

Impreso en los talleres de

Imprenta Salesianos S.A.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos, eléctricos, electrónicos, fotográficos, incluidas las fotocopias, sin autorización escrita de los editores.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

La huella del fuego

Historia de los bosques nativos
Poblamiento y cambios en el paisaje
del sur de Chile

Luis Otero Durán



“Entre el lago Panguipulli y el Pihueico había cien incendios o más. Nos dolía en las carnes vivas. Riqueza totalmente desbaratada, sin provecho para nadie; paisajes deshechos; ¡qué turismo ni qué nada de este crepitar de hogueras bajo el cielo de humo! Ríos naturalmente hermosos, como los del Paraíso, convertidos en hacinamientos de troncos quemados... y seguimos hablando de las bellezas del sur. ¡La pesca arruinada, la erosión con cauces libres...!”

Luis Oyarzún (1961), “Diario”.

Agradecimientos y dedicatoria

ESTA OBRA NO habría sido posible sin el permanente apoyo e interés de Heinrich Burschel y el financiamiento del Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica (DED Chile), quienes en los últimos años han realizado, junto a la Corporación Nacional Forestal (Conaf), una importante labor de difusión del manejo sustentable de los bosques nativos, tal como lo propuso el sabio alemán Federico Albert, contratado por el gobierno de Chile a principios del siglo XX. Este libro además contó con el apoyo económico de las empresas Louisiana Pacific S. A. y Río Cruces S. A., de Panguipulli.

Quiero agradecer también al señor Claudio Donoso, ingeniero forestal y Profesor Emérito de la Universidad Austral de Chile, por la revisión del texto y su permanente apoyo. Al señor Tomás Monfil, por sus sabios consejos y relatos de su experiencia práctica en los bosques Aysén y Panguipulli. A la señora Petra Wilken, periodista del DED, por su apoyo y entusiasmo. Mis agradecimientos a Pehuén Editores y su equipo, que realizan una labor fundamental de difusión de nuestra cultura y recursos naturales.

Agradezco también los valiosos comentarios realizados por el doctor Roberto Juacida, decano de la Facultad de Ciencias Forestales de la Universidad Austral y al doctor Juan Schlatter; a la antropóloga Bárbara Velasco; a Boris Borneck, quien me aportó valioso material fotográfico. A mi hijo Joaquim, por su ayuda en la revisión

de datos. Agradezco también el valioso material fotográfico aportado por el Museo Histórico y Antropológico Mauricio van de Maele (de la Universidad Austral), el Museo Emilio Held (de la Liga Chileno-Alemana) y el Museo Histórico Nacional.

Dedico este libro a mi padre, que fue un amante de la naturaleza, la geografía y los bosques del sur.

Para lograr un mejor futuro

CADA PERSONA, el ser humano en general, la naturaleza, el universo, todos, tienen su historia. La historia es parte de la vida porque es su memoria. Si no se tiene memoria, simplemente no se es, no se tiene pasado y, por lo tanto, no se tiene conciencia del presente ni se tiene capacidad para proyectar el futuro.

Hasta donde sabemos, sólo los seres humanos tienen esa capacidad de memoria consciente, no sólo ancestral, como pueden tenerla otros seres. Pero en el hombre la memoria es frágil, y si no la registran las sucesivas generaciones por simple transmisión —registro que también es frágil y demasiado susceptible a cambio o alteración—, simplemente se pierde, con todo su tremendo bagaje.

El registro por escrito, en el papel, es claramente la forma más segura y fidedigna de mantener la memoria. Si lo logramos, podemos revisar y analizar el pasado que, de ese modo, se nos hace presente, con la posibilidad de reconocer lo que se ha hecho mal y vislumbrar el futuro, recuperando lo bueno y mejorando lo malo.

La huella del fuego, de Luis Otero, cumple en muy buena forma esta tarea. Pone en el papel la historia de los bosques nativos, utilizando para ello las crónicas de los conquistadores y los registros propios de las épocas más modernas, así como trabajos escritos en el mismo tema en los últimos años y, además, sacando sus

propias conclusiones de las evidencias dejadas por la acción de los seres humanos sobre la naturaleza.

El relato es muy ameno, entre otras razones porque mezcla gratamente los usos y costumbres de los pueblos indígenas con los cambios provocados en los bosques. Además, resalta las costumbres y la cultura agrícola-ganadera de los indígenas (así como su condición de ribereños), combinada con el uso de los frutos, maderas y plantas medicinales, dejando claros los efectos que tuvieron sobre el bosque. Enfoca del mismo modo las épocas posteriores, mostrando la recuperación que experimentaron los bosques durante la Colonia, debido al abandono de antiguas áreas de cultivo indígena, y el embate destructivo que experimentaron durante la República, época en que se destruyó la mayor parte del recurso, pero explicando con un claro sentido histórico las causas que permiten entender dichas acciones humanas.

Finalmente, hace referencia a las plantaciones, a las primeras experiencias de manejo de los bosques y a los cambios en la conciencia ambiental y la cultura nacional, dejando en evidencia la importancia que tiene para el futuro de nuestros recursos el ordenamiento del conocimiento histórico de ellos y de los pueblos que los utilizan, y avizorando la posibilidad de un manejo sustentable, aunque quede claro que aún no ocurre.

El contenido de este libro es un complemento necesario y muy útil para el buen uso y mejor entendimiento de los textos sobre la flora chilena, la ecología y silvicultura de los bosques. Para no cometer en el presente los mismos errores del pasado. Para lograr un mejor futuro.

Claudio Donoso Zegers
Marzo de 2006

Una travesía histórica

UN RECORRIDO ENTRE Los Ángeles, en la Región del Bío Bío, y Puerto Montt, en la Región de Los Lagos, puede convertirse en una travesía histórica. Es posible advertir los cambios en el paisaje y los vestigios de bosques nativos que han sobrevivido a las intervenciones del ser humano. Ante tamaño espectáculo, el viajero reflexiona, casi inevitablemente, sobre su desaparición. Más aún si se considera que hasta hace no mucho tiempo el valle central estaba cubierto por bosques densos. De hecho, las ciudades de Temuco y Puerto Montt son, en realidad, jóvenes, pues tienen poco más de cien años de edad.

Cuando llegó la primera ola de primitivos inmigrantes, hace unos doce mil años, sus tribus se adecuaron a las condiciones naturales y se relacionaron con su ambiente. Quizás amaban los bosques o simplemente no tenían las herramientas para destruirlos. Hace más de 500 años arribaron los españoles como conquistadores, y más tarde, en el siglo XIX, otros europeos como colonos: ambos grupos no sabían qué hacer con estos bosques tan densos y pobres en alimentos. Sufrieron por ello. No obstante, con su corazón de 'homo agrícola', procedieron. El hombre moderno transforma su ambiente siguiendo las directrices de su cultura, sustituye el bosque usando el fuego para crear cultivos agrícolas y espacios ganaderos.

Durante este viaje por la historia es posible advertir que existe una relación entre los conflictos por tierras en las regiones del Bío Bío y de La Araucanía: tienen

que ver con hechos históricos, con la llegada de los colonos, con la ocupación de tierras que tenían dueños ancestrales.

Entonces el viajero recuerda los grandes incendios forestales, que hasta hace poco eran comunes en Chile y que casi siempre tienen origen humano. Puede que sea discutible la forma en que se hizo la sustitución de los bosques, si fue destructiva o no; incluso puede que no se haya realizado con mucha planificación. En todo caso, se requiere de un análisis a fondo de los hechos.

Hace unos 14 años llegó a Chile la Cooperación Alemana para dedicarse, junto a la Corporación Nacional Forestal (Conaf), al desafío de lograr un manejo sustentable de los bosques nativos, evitando la destrucción del recurso en manos de los pequeños propietarios. Este proyecto tenía, en su inicio, el sutil nombre de “Campesinos Forestales”: en cierto modo, ignorando la tradicional idiosincrasia de un buen colono de tierras agrícolas y ganaderas.

Aquí presentamos una investigación sobre la historia del bosque nativo chileno. En las revisiones de esta obra de Luis Otero aprendí que el ser humano es constructivo y creativo, pero que lamentablemente no es un ‘ser del bosque nativo’. *La huella del fuego* aporta información importante, ésa que faltaba para formarse un juicio más cuidadoso respecto de los grandes cambios en el ecosistema provocados por el hombre.

Cuando la Cooperación Alemana se retire y llegue a su fin el Proyecto Conservación y Manejo Sustentable del Bosque Nativo, de Conaf, en diciembre de 2006, los alemanes empezaremos a ser parte de la historia del bosque nativo chileno, y quizás nos recordarán como aquellos que contribuyeron a que futuras generaciones pudieran gozar de su belleza y de su riqueza en biodiversidad, en paisaje, y como fuente de ingresos para los propietarios.

Tenemos la esperanza de haber ayudado a crear una nueva visión hacia el bosque nativo, tal como lo hizo Luis Otero con este excelente libro.

Heinrich Burschel
 Coordinador Sur
 Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica
 DED Chile
 Temuco, mayo de 2006

Introducción

TRADICIONALMENTE SE HA creído que el centro-sur de Chile, a la llegada de los españoles, era una zona de densos bosques vírgenes, desde la cordillera hasta el mar, poblados por animales salvajes, y donde el paisaje estaba dominado por montañas, ríos torrentosos, pantanos y glaciares, con un clima riguroso y frío.

Los paisajes, al igual que las culturas, son dinámicos y cambiantes. Los que hoy vemos en el sur del país no han sido siempre iguales. La naturaleza cambia, aunque en una escala de tiempo distinta a la nuestra.

Si retrocediéramos en el tiempo y miráramos el sur de hace 50 años, veríamos un paisaje totalmente diferente, con grandes áreas deforestadas, ganado pastando entre troncos quemados y, durante el verano, una permanente niebla rojiza, producto de los grandes incendios. Si nos remontáramos más atrás, hacia 1850, veríamos interminables y densos bosques vírgenes o ‘aparentemente vírgenes’ en casi todo el sur. Al seguir viajando hacia el pasado, hasta la época en que llegaron los primeros españoles y el sur estaba dominado por los mapuches, probablemente encontraríamos un mosaico de bosques y áreas abiertas, agricultura y ganado pastando entre los árboles.

En la visión tradicional se ha supuesto que la población mapuche-huilliche constituía una banda de recolectores y cazadores salvajes que no dominaban la

agricultura y vivían desperdigados entre los bosques, sin mayores conocimientos ni tecnología. Se creía que estaban escasamente organizados, que no practicaban la crianza de animales. En síntesis, el mito de que era un pueblo ‘primitivo’, de escaso desarrollo y con una baja población.

Los conquistadores españoles, más preocupados de ensalzar sus propias hazañas que de describir los pueblos aborígenes, dejaron pocas crónicas sobre éstos. La guerra y las enfermedades terminaron por reducir al mínimo la población indígena y dejar realmente despobladas estas regiones, especialmente al sur del río Toltén.

Luego de la independencia, y con el proceso de colonización europea, se reforzó la idea del sur deshabitado y selvático. Los colonos alemanes que arribaron tuvieron que despejar una selva densa y continua. La construcción del ferrocarril al sur del río Malleco debió abrir sus fajas en zonas cubiertas por bosques densos.

Aquella imagen de un territorio salvaje y lleno de riquezas dio pie a un proceso colonizador basado en la destrucción de los bosques y el desarrollo de una ‘agricultura de frontera’, cuyas principales actividades eran el cultivo de trigo —dedicado a la exportación— y la ganadería extensiva. El resultado fue que sus los primeros 100 años de vida independiente, Chile destruyó la mayor parte de sus bosques, suelos cultivables y ríos navegables, cambiando radicalmente el paisaje del sur del país.

El paisaje no es sólo naturaleza. Es parte de nuestra cultura y, por lo tanto, de nuestra identidad como nación. Comprender su historia y transformaciones puede ayudarnos a conservarlo en el futuro. La extraordinaria capacidad de recuperación de los bosques nativos nos da hoy una nueva oportunidad para hacer un uso sustentable de estos recursos.

Este libro es un ensayo histórico-interpretativo de los cambios en el paisaje y los bosques del sur, generados por su interacción con las sociedades indígena, colonial y chilena. Las fuentes de información son principalmente de tipo secundarias, es decir, se han usado como referencias las publicaciones de historiadores y científicos dedicados a difundir el conocimiento. Esta diversidad de fuentes —la mayoría, al alcance de cualquier persona— ha sido reinterpretada a la luz del conocimiento actual sobre los ecosistemas forestales y la historia social. Entre los textos destacan escritos de historiadores y científicos como Ignacio Domeyko, Claudio Gay, Rudolf Philippi, Gustave Verniory, Diego Barros Arana, Dillman Bullock, Otto Berninger, Sergio Villalobos, Gabriel Guarda, Juan Gastó, Claudio Donoso, Renato Cárdenas y José Bengoa, sólo por nombrar a los más conocidos.

La huella del fuego se divide en cinco capítulos, siguiendo una línea de tiempo que incluye la época indígena o previa a la llegada de los españoles, hasta el año 1600; la Colonia o etapa de avance de los bosques, entre 1600 y 1850; la primera colonización y el retroceso de los bosques, entre 1850 y 1880; la segunda colonización o etapa de explotación de los bosques y destrucción de los recursos, entre 1880 y 1940, y, finalmente, la fase de auge de las plantaciones y surgimiento de una visión conservacionista, hasta los años setenta.

Un país como Chile, con uno de los bosques templados más ricos del mundo, y reconocido como uno de los principales productores forestales de América Latina, tiene un pasado forestal que debe ser incorporado a la cultura y la tradición para reafirmar nuestra identidad y fortalecer la conservación de los recursos naturales. Esperamos servir, con esta obra, a tan noble propósito.

Parte I:

La población y los bosques en la época indígena (antes de 1600)

“Aman en demasía los hijos e mujeres y las casas, las cuales tienen muy bien hechas y fuertes, con grandes tablazones, y muchas muy grandes, y de a dos, cuatro y ocho puertas; tiénenlas llenas de todo género de comidas y lana; tienen muchas y muy pulidas vasijas de barro y madera. Lo que puedo decir con verdad de la bondad de esta tierra es que cuantos vasallos de vuestra Majestad están y han visto la nueva España (México) dicen ser mucha más cantidad de gente que la de allá”.

Pedro de Valdivia. Carta al emperador Carlos V.

“La parte más hermosa de las Indias Occidentales es el Reino de Chile, por las preciosas calidades con que lo dotó la naturaleza”.

Vicente Carballo y Goyeneche, 1796.

HAY CONSENSO EN QUE la etapa precolombina de nuestra historia no ha sido suficientemente estudiada y que existen pocas crónicas de los primeros españoles que describan en forma detallada la vida y cultura indígenas. Sin embargo, últimamente se ha renovado el interés por comprender cómo fueron estos pueblos que habitaron el centro-sur de Chile. Al parecer, la cantidad de habitantes y su grado de desarrollo fueron bastante mayores que lo descrito por los primeros cronistas peninsulares, cuyo principal interés era resaltar las victorias y la superioridad de los conquistadores sobre las culturas locales.

Gran parte de la población de Chile se concentraba al sur del río Bío Bío, donde los recursos naturales permitían una cierta abundancia y diversidad de actividades, y el medio ambiente generaba las condiciones apropiadas para el desarrollo de la agricultura.